ángeles! De ahora en adelante vas a vivir para ellos, vas a comprar lo que ellos te pidan, vas a decir lo que ellos quieren que digas, vas a comer lo que ellos quieren que comas...

Sólo recuerdo el principio del caset. Pero de cualquier forma, ahorita la gente piensa que estoy loca o poseída por algún espíritu. Pero sólo yo sé que estoy casada con él. El Diablo.

Uno de tantos crímenes

Yesica Abigail Peña Ramírez

A los quince años mi madre me obsequió un diario; tenía una flamante portada color violeta y una hermosa joven de cabello castaño. Desde ese momento no me separé de él. Al ser yo muy poco sociable, el diario se convirtió en mi confidente hasta que a los veinte años conocí a Katherine Hans, mi mejor amiga desde entonces. Ella es muy especial y me acepta como soy, creo que desde la muerte de mi madre, es la única persona que me ha querido.

Había pasado casi un año desde que lo extravié. Pero casualmente, al buscar unos papeles, encontré el diario maltratado y cubierto de polvo. Esa flamante portada violeta se había decolorado y arrugado y esa hermosa joven de la portada parecía haber envejecido igual que yo.

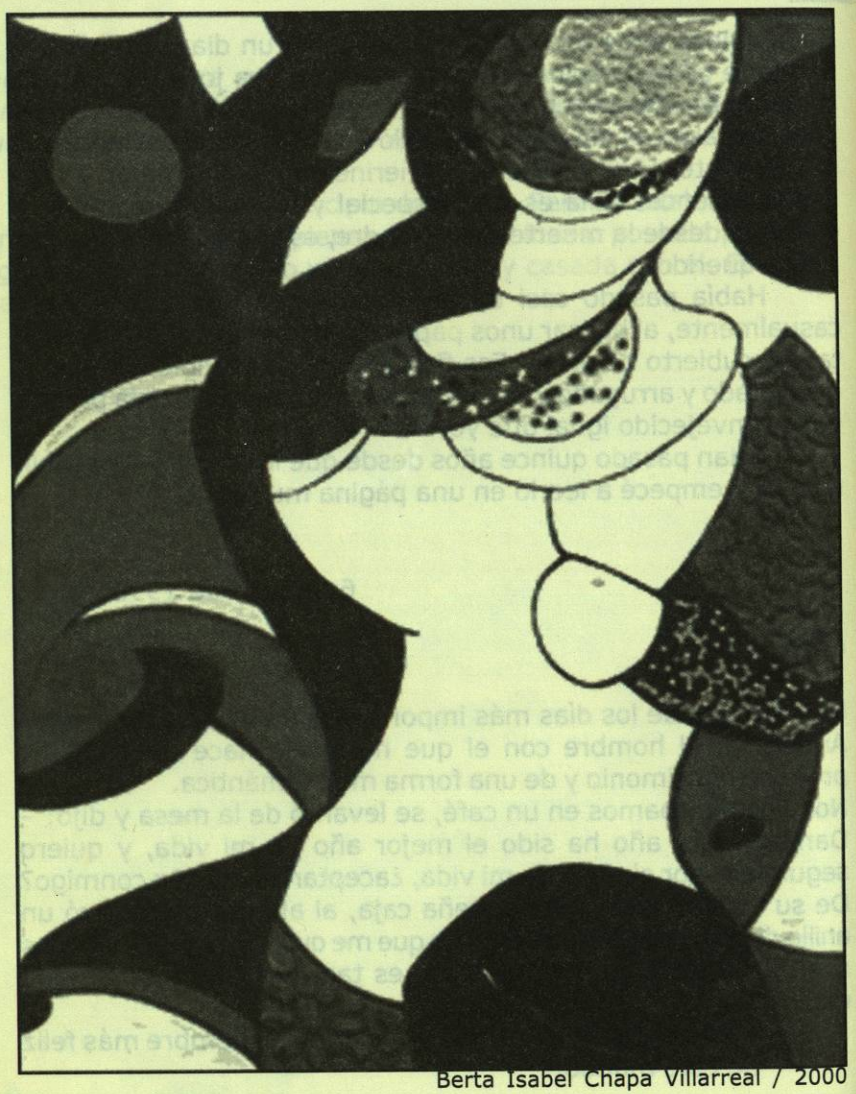
Han pasado quince años desde que lo empecé a escribir. Lo abrí y empecé a leerlo en una página muy especial.

6 de julio de 1990

Querido diario:

Hoy fue uno de los días más importantes de mi vida. Leonardo Anderson, el hombre con el que he salido hace un año, me propuso matrimonio y de una forma muy romántica.
Nos encontrábamos en un café, se levantó de la mesa y dijo: –Daniela, este año ha sido el mejor año de mi vida, y quiero seguir feliz por el resto de mi vida, ¿aceptarías casarte conmigo? De su bolsillo sacó una pequeña caja, al abrirla me mostró un anillo de compromiso tan hermoso que me quedé muda por algunos segundos. Respondí: –Leonardo, es tan bonito que no sé qué decir.

–Sólo di que me aceptas y me harás el hombre más feliz de este mundo.



Berta Isabel Chapa Villarreal / 2000

Dudé por un instante y dije: –Sí, acepto.

Se subió a la mesa y gritó: –¡Me acepta! ¡Sí me aceptó! –Su rostro irradiaba felicidad. De mi parte, estaba algo desconcertada. Nunca pensé que alguien tan bueno y noble como él quisiera casarse con alguien tan débil y mediocre como yo... pero en el fondo estaba muy feliz.

De eso ya siete largos años.

Sonó el teléfono. Levanté la bocina y escuché una voz muy familiar que dijo:

–¡Feliz séptimo aniversario, Daniela! ¡Sí sabes quién soy!, ¿verdad?

En mi mente sabía que era Katherine. Muchos recuerdos surgieron en mi cabeza como una gran ola que me estremeció.

–Danielle, ¿cómo estás?

–...¿eh?

–Por lo que escucho, no tan bien. ¿Qué te sucede?

–Me levanté temprano y al abrir los ojos Leo ya no estaba, quería hacerle un gran desayuno, pero se fue, y creo que olvidó nuestro aniversario.

–Tal vez se le olvidó por estar pensando...

–...¡en otra mujer!

–¡No digas tonterías!, él te quiere mucho, ¿no?

–Al casarnos sí me quería mucho, pero con el tiempo cambió mucho. Sale demasiadas veces y llega demasiado tarde y al preguntarle dónde ha estado se enfurece y se va a dormir al sofá. La semana pasada ni siquiera llegó a dormir y dijo que había ido a visitar a sus padres.

–¿Y es por eso que piensas que tiene otra mujer?

–Sí, eso pienso.

–Bueno, si eso piensas, puedo investigarlo y seguirle la pista para corroborarlo.

–¡Gracias! Eso me sería de gran utilidad. ¿Cómo podría pagártelo?

–No te preocupes, no me gusta que sufras por Leo, además te quiero mucho y no deseo verte triste.

–Gracias de nuevo, me ha servido mucho el hablar contigo, Kat.

–No hay de qué. Tengo que irme, nos vemos.

Al colgar sentí un alivio. Hace tiempo que no sabía de Katherine, nos dejamos de ver porque se fue al extranjero, pero nos mantuvimos en contacto por cartas que eventualmente nos escribíamos.

Esa noche Leonardo llegó muy tarde y ebrio.

–¡Qué haces despierta a esta hora! ¿Acaso me estabas esperando?

–Sí, es que si recuerdas, hoy es nuestro séptimo aniversario. Lo olvidaste, ¿verdad?

–Lo siento..., ¿me perdonas?

–Últimamente estás muy distante. Al hablarte, te encuentras en otro mundo perdido porque ya no me besas como antes, porque ya no tenemos relaciones, porque...

–...¡Daniela, no estoy de humor para discutir! ¡Buenas noches!

–¡Leonardo!, ¿tienes otra mujer? –Dudó por un momento y dijo: –¿Bah!, no digas estupideces y no me molestes.

Y así fue todas las noches durante dos semanas.

Me sentía tan deprimida y triste que necesitaba una palabra de aliento. Sonó el teléfono y era Kat, dijo que tenía que hablar conmigo personalmente.

Llegó a casa, era algo tarde. Me preguntó por Leonardo, le dije que desde ayer no había vuelto a casa.

–Entonces no debo preocuparme por encontrármelo, ¿verdad? –Desde que me casé con Leonardo, él y Katherine nunca se llevaron muy bien que digamos.

–Ven, toma asiento, te traeré un café con crema y dos de azúcar como te gusta.

–¡Qué excelente memoria!

–Oye, eres mi mejor amiga, tengo que recordártelo, ¿no crees?

Al preparar el café me sentía muy nerviosa porque no sabía qué iba a decirme acerca de Leonardo, me atemoricé.

–¿Y bueno?

–Investigué a Leonardo, no sé como decírtelo pero...

–Tiene otra mujer, ¿verdad?

–Así es. Lo siento.

–No te preocupes, ya lo imaginaba.

–¿Y qué piensas hacer?

–No lo sé, necesito pensarlo.

No pude resistir el dolor y empecé a llorar. Sentí que el mundo se me venía encima. Me dijo: –Llora, desahógate. Aquí estoy para consolarte y ayudarte en lo que necesites.

Me estrechó fuertemente y sentí su energía dulce y cálida. Me tranquilicé, con ella a mi lado sentía que nada podía lastimarme. Estuvimos así durante algunos segundos y me dijo: –Sabes, tengo una cabaña en las afueras de la ciudad, si quieres puedes quedarte algunos días en lo que piensas qué hacer. No tuve que pensarlo.

–Sí, es una buena idea, de todos modos Leonardo no está y no creo que vuelva pronto.

–¡Así se habla y despreocúpate! Quién hace algo malo siempre recibe su castigo.

Estuve tres semanas en la cabaña de Katherine, mientras ella revisaba algunos negocios en la ciudad.

Regresé a casa, más relajada y desahogada. Una vecina me

avisó que la policía me buscaba desde hace algunos días. Eso me inquietó. Me dirigí a la estación de policía que marcaba el citatorio, y pregunté por el teniente Sanz.

–Buenas tardes, teniente Sanz, soy Daniela Carpenter de Anderson, me dijeron que tenía algo que decirme.

–Así es, señora Anderson, le tengo una terrible noticia: su esposo ha muerto y usted es una posible sospechosa.

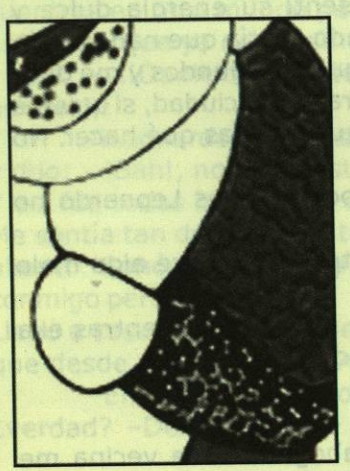
Al escucharlo me quedé en un estado de shock. Cientos de cosas pasaron por mi mente en ese momento. No recuerdo, pero creo haberme desmayado... Dije con tono asustado: –¿Leonardo?, ¡¿muerto?!... ¿cómo es posible?

–Y no es sólo eso, señora, también fue muerta la mujer que lo acompañaba. ¿Sabía usted algo de esa relación?

–¡Sí!, supe que tenía un amante desde hace tres o cuatro semanas.

–¿Cómo es que supo de esa relación?

–Una amiga investigó a Leonardo para saber si me estaba engañando.



–¿Cuál es el nombre de esa amiga?

–Se llama Katherine Hans.

–¿Dónde estaba ella hace dos días?

–Realizando unos negocios en la ciudad.

–Está bien, gracias por su colaboración. Le pido que no salga de la ciudad.

Se realizaron averiguaciones durante tres meses. Fui a declarar. Incluso citaron también a Katherine. Una noche me quedé a dormir en su apartamento y me platicó sobre lo que dijo en su declaración.

–Sabes, ellos creen que tengo algo que ver con la muerte de tu esposo.

–¿Y de veras no tienes nada que ver?

–¡¿Por qué crees eso?!

–Es que recuerdo lo que dijiste sobre los que hacen cosas malas, "tarde o temprano reciben su castigo". –Me miró directamente a los ojos y dijo con un tono de ternura: –Y si así fuera, ¿me delatarías? –sentí en su mirada algo extraño. Respondí: –No.

Al final el juez llegó a una conclusión: –La señora Daniela Carpenter, viuda de Anderson, es inocente por falta de pruebas. Después de las investigaciones, se informa que el señor Leonardo Anderson cometió suicidio en su casa y homicidio en el caso de su acompañante. Se levanta la sesión.

Se diría que terminé como una víctima a manos de mi marido, pero tengo mis sospechas. No creo que haya tenido el valor suficiente para suicidarse.

Pasaron los meses. Me mudé de casa para olvidar lo que pasó; Katherine me visitaba a diario para ver si me encontraba bien. Un frío día de invierno me enteré de una terrible noticia: Katherine había enfermado de gravedad. Le acompañé y cuidé todos los días... hasta que murió.

Recuerdo que antes de su muerte me dijo que debía seguir adelante y buscar un hombre que me cuidara y protegiera; sus palabras me alentaron para soportar su muerte. Como ella no tenía familiares cercanos, sus amigos y conocidos fueron al funeral, y como yo era la amiga más cercana, a mí me dieron el pésame. Al escuchar la oración del padre, levanté mi vista y vi una figura masculina, alto y bien parecido, sus ojos reflejaban una profunda tristeza y pregunté a la mujer que tenía a lado: –

Disculpe, ¿quién es ese hombre?

–No lo sé, creo que es un amigo de Katherine. Creo que se llama Demián Robertson, parece ser que se tenían un cariño de hermanos.

Él alzó la mirada, me vió y se acercó a mí. Dijo: –Disculpa, tú eres Daniela, ¿verdad?

–Sí, yo soy .

–Perdona que te moleste. Me llamo Demián Robertson y fui un buen amigo de Katherine, como lo fuiste tú.

–¿Sabes algo de mí?

–Katherine me habló mucho de ti, me dijo que eras su mejor amiga. Te quería mucho.

Al terminar el entierro, la gente se marchó quedando sólo Demián y yo. Le pedí de favor que me llevara a mi casa porque me sentía muy afligida.

15 de noviembre de 1999

Querido diario:

Ya ha pasado un año desde que ocurrió ese terrible deceso, y aún recuerdo las palabras de Kat, que volviera a enamorarme.

Y así lo hice.

Vivo con Demián desde hace algunos meses, y podría jurar que él me quiere más de lo que Leonardo llegó a quererme. Siento como si me conociera de tiempo atrás, como si supiera todo de mí. En ocasiones tengo la sensación de sentirme como si estuviera con Katherine, pero es diferente.

Cuando Demián me abraza siento su energía cálida y dulce, como si nada pudiera lastimarme. Creo que me recuerda algo pero no sé qué con exactitud. Debe ser mi imaginación.

Celeste

Margarita Feliz Cárdenas González

Miré por la ventana. Al ver el bosque blanco por la nieve, un escalofrío recorrió mi cuerpo; me acerqué a la chimenea, ya no había leños para avivar el fuego. Tomé mi chamarra y la vieja linterna, salí a recoger un poco de madera. Plata me siguió, tomé algunos leños que había dejado mi abuelo en la parte trasera de la cabaña. Estaban húmedos por la nieve, aun así tomé algunos; Plata se quedó afuera, yo entré a la cabaña y puse los leños cerca de la chimenea.

–Abuela, los leños están húmedos y el fuego se está apagando, hace frío.

–Ve al sótano, ahí hay un par de sillas rotas.

Caminé por el pasillo y me detuve a ver un cuadro del bosque. Me llamó la atención un árbol que está en medio del claro, era diferente a los demás.

Abrí la puerta del sótano; se escuchó un rechinido que me puso la piel de gallina. Entré y miré hacia abajo; en realidad no vi nada. Todo se encontraba en penumbra, lo único que pude ver fueron más que unos cuantos escalones de las viejas escaleras. Nunca antes había entrado en el sótano, y al ver lo obscuro que estaba no me dieron muchas ganas de bajar.

–Abuela, ahí abajo no hay arañas ¿verdad? –No me escuchó. -"Me dan miedo las arañas" -. Tomé la linterna y bajé las escaleras, rechinaban tanto que creí que se quebrarían en cualquier momento: ya me imaginaba tirada en el piso del sótano, rodeada de un montón de escalones rotos y muchas arañas recorriendo mi cuerpo. Por fin llegué al final de las escaleras, se me hizo eterno. Entraba un poco de luz por una ventana, puse la linterna sobre una mesa y vi un pequeño baúl de madera. Lo abrí. Había algunas cartas, los sobres se estaban rompiendo por el tiempo y la humedad; había también un dibujo a lápiz del mismo árbol del cuadro, un listón celeste y una bellota.